



El policía y el salmo

The cop and the anthem

■ O. Henry (†)

■ Soapy se movió inquieto en su banco de Madison Square. Cuando los gansos salvajes lanzan su estridente graznido durante la noche; cuando las mujeres sin abrigo de piel de foca son amables con sus maridos y Soapy se revuelve inquieto en su banco, podemos estar seguros de que el invierno se aproxima.

Una hoja seca cayó sobre el regazo de Soapy. Era la tarjeta de visita de la gélida estación. Ésta es amable con los habitantes habituales de Madison Square y lealmente les avisa de su visita anual. En las esquinas de las cuatro calles entrega su credencial al Viento del Norte, criado de la Mansión del Aire Libre, para que aquellos moradores se vayan preparando.

En su mente, Soapy comprendió que había llegado el momento de decidirse —mediante una Comisión compuesta exclusivamente por él— a poner los medios necesarios para protegerse del inminente frío. Y por eso se movía inquieto en su banco.

Las ambiciones de Soapy en cuanto a internada no eran muy elevadas. Entre ellas no figuraban cruceros por el Mediterráneo bajo un plácido sol meridional flotando en la bahía del Vesubio. Realmente, lo único que anhelaba eran tres meses en la Isla¹. Tres meses de comida y cama aseguradas, en agradable compañía —salvo Bóreas² y los guardianes— le parecían el colmo de lo deseable.

El hospitalario Blackwell había sido durante años su residencia de invierno. Del mismo modo que otros neoyorquinos más afortunados compraban cada invierno sus

Este relato forma parte del libro *The Four Million* (1906). La traducción es de Amparo Pérez Gutiérrez.

¹ *N. de la T.* El autor se refiere a la *Blackwell Island*, situada en medio del East River, en Nueva York. A partir de 1921 pasó a llamarse *Welfare* y desde 1973 *Roosevelt Island*. En tiempos de O. Henry existía allí la *Blackwell's Penitentiary*, que se mantuvo en funcionamiento hasta 1935 cuando se inauguró otro penal mayor en *Riker's Island*, también en ese río.

² *N. de la T.* Bóreas, dios griego hijo de Eos y Astraeo. Dios del viento del Norte, representado con alas y barba. Cuando la flota persa de Jerjes (siglo v a.C.) sitiaba la ciudad de Atenas, sus habitantes imploraron su ayuda. Iracundo, el Viento del Norte sopló hasta hundir la casi totalidad de los navíos persas.

pasajes para Palm Beach o la Riviera, Soapy había hecho sus modestos preparativos para su hégira anual a la Isla. Y ahora ya había llegado el momento. La noche anterior, tres periódicos del domingo repartidos debajo de la chaqueta, alrededor de los tobillos y sobre su abdomen, no habían conseguido repeler el frío mientras dormía en su banco cerca de la fuente que manaba en la vieja plaza. Así, en su mente la Isla se le aparecía amplia y acogedora. Él desdenaba las disposiciones que se tomaban en nombre de la caridad para con los indigentes de la ciudad. En su opinión, la Ley era más benévola que la Filantropía. Existía una retahíla interminable de instituciones municipales y corporaciones de caridad a las que podía dirigirse para recibir comida y albergue bajo las reglas de una vida sencilla. Pero, para un hombre de espíritu elevado como Soapy, los donativos de la caridad tienen su gravamen. Si uno estaba sin blanca debía pagar en forma de humillación del espíritu por cada donativo recibido de manos de la filantropía. Así como César tuvo su Bruto, cada lecho de caridad llevaba consigo el peaje de un baño; cada barra de pan, su compensación en forma de una inquisición personal y privada. En consecuencia, era mejor ser un invitado de la ley que, aunque se ajusta a unas reglas, no se entromete indebidamente en los asuntos privados de un caballero.

Habiendo decidido ir a la Isla, Soapy puso manos a la obra para lograr su deseo. Existían muchas formas de conseguirlo. La más grata era cenar por todo lo alto en algún restaurante caro y después, tras declarar su insolvencia, ser puesto con calma y sin ruido en manos de un policía. Un juez comprensivo haría el resto.

Soapy dejó su banco, salió de la plaza y atravesó el mar de asfalto en el que confluyen Broadway y la Quinta Avenida. Subió por Broadway hasta detenerse ante un luminoso restaurante, de esos en los que cada noche se dan cita los productos más selectos de la uva, el gusano de seda y el protoplasma.

Soapy confiaba en sí mismo desde el primero hasta el último de los botones de su chaleco. Estaba afeitado, su chaqueta estaba presentable y el Día de Acción de Gracias una misionera le había regalado aquella limpia corbata postiza de color negro. Si lograba alcanzar una mesa en el restaurante sin despertar sospechas el éxito estaba asegurado. La porción de sí mismo que sobresaldría por encima de la mesa no debería inspirar dudas en la mente del camarero. Un pato asado, pensó, podía ser lo más adecuado... junto con una botella de chablis, seguido de queso camembert, una taza de café y un puro. Bastaría con un habano de un dólar. El gasto no sería tan alto como para atraer sobre sí la máxima venganza de la dirección del restaurante; y, al fin y al cabo, la carne le habría dejado satisfecho y feliz para el viaje a su refugio de invierno.

Pero, nada más cruzar la puerta del local, los ojos del maître cayeron sobre sus raídos pantalones y sus decadentes zapatos. Sobre él se posaron unas manos fuertes y raudas que le hicieron dar la vuelta sobre sus pasos y silenciosamente le pusieron en la acera, evitando al amenazado pato un infame destino.

Soapy dejó Broadway. Parecía que su camino hacia la codiciada Isla no iba a ser precisamente epicúreo. Debía pensar en otra manera de entrar en el limbo.

En la esquina de la Sexta Avenida las luces y los productos hábilmente dispuestos tras los cristales llamaban la atención en un escaparate. Soapy cogió un adoquín y lo lanzó contra el cristal. La gente acudió corriendo hacia la esquina con un policía a la cabeza. Soapy, con las manos en los bolsillos, no se movió de donde estaba y sonrió al ver los botones de latón.

—¿Dónde está el que ha hecho esto? —preguntó, nervioso, el policía.

—¿No le parece a usted que yo podría tener algo que ver con ello? —dijo Soapy con un tono sarcástico, aunque amistoso, como alguien que da las gracias a su buena suerte.

La mente del policía no podía aceptar, ni siquiera como hipótesis, lo que decía Soapy. Los hombres que rompen escaparates no se quedan para charlar con los servidores de la ley: salen por piernas. El policía vio un hombre que media manzana más allá corría calle abajo para alcanzar el tranvía y partió en su persecución enarbolando la porra. Tras su segundo fracaso y con el corazón apenado, Soapy continuó su vagabundeo.

En la otra acera había un restaurante sin grandes pretensiones, pero que podía satisfacer grandes apetitos con modestos bolsillos. Su vajilla y su atmósfera eran pesados; la mantelería y la sopa, livianas. Para Soapy no fue ninguna prueba dirigir allí sus acusadores zapatos y sus delatores pantalones. Se sentó a una mesa y consumió filetes, tortitas, rosquillas y un pastel. Después reveló al camarero que su persona y la más insignificante de las monedas no tenían la menor relación.

—Ahora sea diligente y llame a un policía —dijo—. Y no haga perder el tiempo a un caballero.

—Para ti no habrá policía —dijo el camarero con voz melosa y un ojo parecido a la cereza de un cóctel en Manhattan. —¡Eh, Con!

Dos camareros cogieron a Soapy y lo lanzaron sobre la dura acera, aterrizando sobre la oreja izquierda. Se levantó enderezando sus articulaciones tal como se despliega un metro de carpintero y a continuación se sacudió el polvo de la ropa. Ser detenido le parecía un sueño de rosas y la Isla algo muy lejano. Un policía que estaba delante de una farmacia dos portales más allá se echó a reír y continuó su paseo calle abajo.

Soapy hubo de recorrer cinco manzanas antes de que su valor le permitiera de nuevo cortejar la idea de ser arrestado. En esta ocasión la oportunidad se le presentó de una forma que fatuamente consideró que “estaba chupada”. Una joven de apariencia agradable y recatada se hallaba detenida delante de un escaparate, contemplando con vivo interés la muestra de tinteros y accesorios para el afeitado. Un par de metros más allá un corpulento policía de porte severo se apoyaba sobre una boca de riego.

Soapy decidió adoptar el papel de vil y execrable acosador. El aspecto elegante y refinado de su víctima y la proximidad del recto policía, le animaron a pensar que pronto sentiría sobre su brazo la grata presión oficial que le aseguraría asentar sus

cuarteles de invierno en la cómoda y hermética isleta. Así que se ajustó la corbata postiza que le había regalado la misionera, se estiró los arrugados puños de la camisa, se colocó el sombrero con una inclinación que le hacía irresistible y se puso al lado de la joven. La miró detenidamente, tosió de repente, sonrió con suficiencia y desplegó descaradamente el insolente y despreciable repertorio del acosador. Veía de reojo cómo el policía había puesto su atención en él. La joven se alejó algunos pasos y volvió a concentrar su atención en los utensilios de afeitarse. Soapy la siguió, se detuvo con gesto audaz a su lado, se quitó el sombrero y dijo:

—¡Bedelia! ¿Te gustaría venir a jugar a mi jardín?

El policía no dejaba de mirar. A la joven le hubiera bastado con mover un dedo para que Soapy se hallara en camino hacia su refugio insular. Ya se figuraba que podía sentir la acogedora tibieza de la comisaría. La joven se puso delante de él, alargó su mano y le cogió de la manga.

—¡Claro que sí, Mike! —dijo con tono desenfadado—. Siempre que me compres una jarrita para el jabón. Te habría hablado antes, pero el policía nos observaba.

Con la joven pegada a él como la hiedra al roble, Soapy, abrumado de tristeza, pasó junto al policía. Parecía condenado a la libertad.

En la primera esquina se deshizo de su compañía y echó a correr. Se detuvo en el barrio donde por la noche se encuentran las calles más luminosas, los corazones, las promesas y los libretos de música.

Mujeres con abrigo de piel y hombres con gabán se paseaban alegremente en el aire invernal. De pronto, Soapy temió que un fatal hechizo le hubiera inmunizado frente al arresto. Este pensamiento le produjo cierto pánico y cuando tropezó con otro policía que ostentosamente se paseaba por delante de un teatro deslumbrante de luces, se agarró en el acto a la tabla de salvación que podía ser el “escándalo en la vía pública”.

En la acera y con el tono más ronco de su voz, Soapy empezó a gritar incoherencias propias de un borracho. Bailó, aulló, dijo disparates y molestó a diestro y siniestro.

El policía hizo girar su porra, le dio la espalda y comentó a un ciudadano: —Es uno de los de Yale, que están celebrando la tunda que le han dado al Hartford College. Ruidosos pero inofensivos. Tenemos órdenes de dejarlos en paz.

Abatido, Soapy renunció a su inútil alboroto. ¿Es que no había un policía que le arrestara? En su fantasía, la Isla le parecía una Arcadia³ inalcanzable. Se abrochó la fina chaqueta para defenderse del viento gélido.

Vio en un estanco cómo un hombre bien vestido encendía un puro bajo una oscilante luz. Había dejado su paraguas de seda apoyado en la puerta. Soapy entró, cogió el paraguas y salió despacio. El hombre del puro le siguió inmediatamente.

—Mi paraguas —dijo con dureza.

³ *N. de la T.* Región del antiguo Peloponeso, en Grecia, considerada por los antiguos como lugar de la sencilla y apacible vida pastoril. Escenario preferente de la poesía bucólica.

—¿De verdad? —contestó Soapy sarcásticamente, añadiendo una ofensa al robo—. Bien. ¿Por qué no llama a un policía? Yo lo cogí. ¡Su paraguas! ¿Por qué no le llama? Tiene uno en la esquina.

El dueño del paraguas se detuvo. Soapy hizo lo mismo, con el presentimiento de que la fortuna le volvería a ser adversa. El policía les miraba con curiosidad.

—Por supuesto —dijo el hombre del paraguas—. En fin... Ya sabe usted que estas equivocaciones pueden ocurrir... Yo... Si se trata de su paraguas, espero que pueda disculparme. Lo cogí esta mañana en un restaurante. Si lo reconoce como suyo... Espero que usted...

—Por supuesto que es mío —contestó Soapy con tono malévolo.

El ex dueño del paraguas se alejó en retirada. El policía se apresuró a ayudar a cruzar la calle a una esbelta rubia que salía de la ópera envuelta en una pomposa capa, para salvarla de un tranvía que se aproximaba a dos manzanas de allí.

Soapy caminó hacia el Este por una calle estropeada por las reformas. Arrojó con enfado el paraguas en una zanja. Murmuró contra los hombres que llevan casco y enarbolan porras. Como quería caer en sus garras, parecían verle como un rey incapaz de hacer algo malo.

Finalmente, alcanzó una de las avenidas que llevan al Este, donde apenas llegaban las luces y el bullicio. Por ella enfiló hacia Madison Square, ya que el instinto hogareño permanece aun cuando el hogar sólo sea un banco en un parque.

Pero, en una esquina sorprendentemente silenciosa quedó paralizado. Había allí una vieja iglesia, extraña, con gabletes, en la que se mezclaban los estilos. A través de una ventana con vidriera de color violeta se adivinaba el brillo de una suave luz y, sin duda, en el interior el organista se concentraba en el teclado, asegurándose de que dominaba el salmo que interpretaría el domingo siguiente. A los oídos de Soapy llegaba una música dulce que le cautivaba y le llevaba transfigurado hasta los ondulados hierros de la verja.

En el cielo se veía la luna, brillante y en calma; apenas circulaban coches y vian-dantes; a punto de dormirse, los gorriones gorgojeaban en los aleros. Por un momento la escena parecía un camposanto de pueblo. Y el salmo que interpretaba el organista mantenía a Soapy pegado a la férrea verja, porque lo había oído muchas veces en los días en que su vida contenía cosas como madres y rosas, amigos y ambiciones, pensamientos puros y cuellos duros.

La conjunción del receptivo estado de ánimo de Soapy con el influjo de la vieja iglesia, produjeron un maravilloso y repentino cambio en su espíritu. Se dio cuenta con horror del abismo en que había caído, los días de degradación, los deseos abyectos, sus muertas esperanzas, sus virtudes arruinadas y los ruines objetivos que constituían su existencia.

Y también en un momento su corazón contestó vibrante a ese nuevo estado de ánimo. Un enérgico e instantáneo impulso le llevó a luchar contra su desesperado destino. Todavía podía salir del lodazal; haría de sí otra vez un hombre; vencería al

malvado que se había adueñado de él. Aún estaba a tiempo; era relativamente joven todavía; haría despertar sus viejas e impacientes ambiciones y las llevaría a cabo sin titubeos. Aquellas notas del órgano, solemnes y dulces a la vez, habían producido una revolución en él. A la mañana siguiente iría al ruidoso centro de la ciudad y encontraría trabajo. En cierta ocasión un importador de pieles le había ofrecido empleo como conductor. Podía visitarle a la mañana siguiente y le pediría el trabajo. Podría ser alguien en el mundo. Él podía...

Soapy sintió una mano en su brazo. Volvió la cabeza con rapidez y se encontró con el ancho rostro de un policía.

—¿Qué está haciendo aquí? —le preguntó el agente.

—Nada —contestó Soapy.

—Entonces venga conmigo —dijo el policía.

—Tres meses en la Isla —dictó sentencia el juez a la mañana siguiente.